

“Nación Esencial Versus Nación Histórica” y Discursiva Antihaitiana: su Rol Central en la Formación de la Historiografía Nacionalista Dominicana hasta el Trujillismo

Luis Alfonso Escolano Giménez
Universidad Europea

Resumen

Desde comienzos del siglo XIX hasta mediados del XX, la mayoría de los historiadores dominicanos comparten una auténtica preocupación por las conflictivas relaciones de su pueblo con el país vecino. Surge así una historiografía liberal que presenta una postura nacionalista respecto a Haití, como principal rival frente al cual se ha de reafirmar la identidad dominicana, y que se muestra pesimista ante los obstáculos que dificultan su progreso. La tendencia conservadora, más abiertamente antihaitiana, permite justificar con un ultranacionalismo teñido de racismo la figura de Santana, pese a su decisión de anexionar el país a España en 1861 para preservar la nacionalidad, con el pretexto de la amenaza haitiana, así como los desmanes de Trujillo. Los autores favorables al dictador le proporcionan cobertura ideológica, basándose en su defensa de la “raza”, hispanidad y religión del pueblo dominicano, incluso en casos como la masacre de miles de haitianos y dominico-haitianos (“rayanos”) en la zona fronteriza en 1937.

Palabras clave

Conflicto dominico-haitiano, historiografía dominicana, degüello de Moca, Independencia Efímera, anexión de Santo Domingo a España, masacre de haitianos.

“Essential Nation Versus Historical Nation” and Anti-Haitian Discourse: their Pivot Role in the Formation of Dominican Nationalist Historiography until Trujillo

Abstract

From the beginning of the 19th century to the middle of the 20th, most Dominican historians share a genuine concern for the conflictive relations of their people with the neighbouring country. Thus, a liberal historiography emerges that presents a nationalist position regarding Haiti, as the main rival against which the Dominican identity must be upheld, and that is pessimistic about the obstacles that hinder its progress. The conservative tendency, more openly anti-Haitian, allows justifying with an ultranationalism tinged with racism both Santana’s role, despite his decision to annex the country to Spain in 1861 to preserve its nationality, under the pretext of the Haitian threat, and Trujillo’s systematic abuse of power. Those authors who support the dictator provide him with ideological cover, based on his defence of the ‘race’, Hispanic origin, and religion of the Dominican people, even in cases such as the massacre of thousands of Haitians and Dominicans-Haitians (the so-called rayanos) in the border area in 1937.

Keywords

Dominican-Haitian conflict, Dominican historiography, Moca’s slaughter, Ephemeral Independence, annexation of Santo Domingo to Spain, Haitians’ massacre.

Cita Bibliográfica recomendada de este artículo:

Escolano Giménez, L.A. (2022). “Nación Esencial Versus Nación Histórica” y Discursiva Antihaitiana. Su Rol Central en la Formación de la Historiografía Dominicana Nacionalista hasta el Trujillismo. *Crítica. Revista Científica para el Fomento del Pensamiento Crítico*, 1(1), 40-53.

I. COMIENZOS DEL DESENCUENTRO EN LA HISTORIOGRAFÍA

En el tomo III de su *Historia de Santo Domingo* (1890), Antonio del Monte y Tejada describe de este modo el impetuoso avance del ejército de Haití, al mando del general Henri Christophe, hacia la parte española de la isla: después de varios combates con los dominicanos en un lugar conocido por el nombre de La Emboscada, próximo a la ciudad de Santiago, los haitianos lograron conquistarla “el lunes de carnaval, cuando se decía la misa”. Del Monte señala que los haitianos cometieron muchos crímenes en su iglesia parroquial, así como en las calles y los montes cercanos, donde “pillaban y mataban sin misericordia”. Seguidamente, Del Monte comprime su relato, puesto que apenas escribe un párrafo para referirse al asedio de la ciudad de Santo Domingo, y a continuación tan solo menciona como de pasada que, en el camino de regreso a su país, los haitianos incendiaron Santiago, “después de haber hecho un degüello horroroso en la parroquia de Moca”, donde “todo fue presa de las llamas y del cuchillo” (Marte, 2017, p. 202)¹. Sin embargo, Del Monte no revela cómo obtuvo tales informaciones acerca de unos hechos supuestamente acontecidos en esas poblaciones del Cibao, tras su salida del país en 1804 con destino a Cuba, donde se publicó solo el primer tomo de la mencionada obra (1853), ya que la primera edición de sus cuatro tomos tuvo lugar en Santo Domingo entre 1890 y 1892. No obstante, lo cierto es que casi todo lo que se conoce sobre estos acontecimientos se debe básicamente a la narración del propio Del Monte, así como a los testimonios de otros dos autores dominicanos, contemporáneos de unos hechos que describen con bastante más detalle: la *Memoria de mi salida de la isla de Santo Domingo el 28 abril de 1805*, de Gaspar de Arredondo y Pichardo², y un mucho menos conocido texto del sacerdote Juan de Jesús Ayala titulado póstumamente *Desgracias de Santo Domingo*.

Tal como subraya Roberto Marte (2017), los testimonios del abogado Arredondo y el padre Ayala también

constituyen fuentes importantes para documentarnos respecto a los mencionados hechos del Cibao, aunque no por ello han de ser tomados literalmente, dadas su falta de transparencia, sus lagunas y sus no pocas contradicciones internas. Con cierta frecuencia se trata incluso de informaciones sobre hechos no vividos, sino referidos indirectamente, y “afectados por el entorno social en que fueron escritos y reelaborados”: el de Arredondo “en el contexto político de la Cuba colonial y esclavista, y cuando los dominicanos habían vuelto al redil de España” tras la guerra de la Reconquista (1808-1809). Por su parte, el texto de Ayala fue escrito a mediados de la década de 1840, en plena “euforia antihaitiana”, cuando los dominicanos se encontraban en guerra contra el país vecino, después de su independencia, proclamada en 1844, que puso fin a la ocupación del territorio oriental de la isla por parte de Haití (1822-1844) (p. 208).

En efecto, al igual que hace Ayala, a menudo también Arredondo omite nombrar sus fuentes de información, de modo que muy raramente señala el nombre de sus informantes, como por ejemplo cuando se refiere al ya mencionado “degüello de Moca” del 3 de abril de 1805. Dicho autor afirma lo siguiente: “Este negro (Félix) me informó en Baracoa (Cuba) de todos los desastres, muertes y atrocidades cometidas por los negros en las personas blancas”, siendo esta frase lo único que indica acerca de “la calidad informativa de sus recuerdos” (Marte, 2017, p. 236, véase la nota nº 252). En cambio, cuando escribe sobre el gobierno de Louverture en Santo Domingo (1801-1802), el autor sí se basa en su experiencia: una “igualdad que veíamos acompañada de la ignominia y la cruel amenaza”, ya que “fuimos vejados de todos modos y nivelados con nuestros propios esclavos en el servicio de las armas y en todos los actos públicos” (Cordero Michel, 1974, p. 60).

Esa lectura de tales hechos, narrados sin reinterpretarlos ni someterlos a la más mínima crítica, continuó ininterrumpidamente de forma casi unánime hasta bien entrado el siglo XX, incluyendo tanto a autores

1. Marte no indica la página de ninguna de las citas que hace de la obra de Del Monte, ni qué edición usa.

2. Texto de la única ‘reseña’ que puede leerse en Google Libros, en la entrada correspondiente a esta obra, publicada por la editorial Vetas Edita en Santo Domingo en 2005: “Verdad histórica. Que lo lean los que se dejan engañar por las ONGs [sic]. Datos fríos para que sepan lo que son los haitianos NUESTROS SEMPITERNOS ENEMIGOS. El dominicano tiene que abrir el ojo, se lo han cerrado por mucho tiempo los académicos con lavado de cerebro por la versión francesa de la Historia del Caribe; esa versión es enemiga de la dominicanidad porque los dominicanos los derrotamos en 1808 en Palo Hincado y derrotamos al Partido Afrancesado porque Duarte y amigos lucharon por nuestra independencia nacional. Los datos de Arredondo arrojan luz para destapar el engaño y la traición contra nuestra nación. EL ÚNICO PUEBLO EN HACER MATANZAS RACIALES EN AMÉRICA ES EL HAITIANO. Su constitución ha sido racista desde 1803 a 1918 cuando los gringos los obligaron a cambiar los artículos racistas. Haití no progresa porque ellos siguen siendo esclavos de ellos mismos. Nadie quiere [a] esa gente pues su mente está en racismo salvaje, odio, miseria, brujería y envidia”. Las mayúsculas son del original. Recuperado de: https://books.google.es/books?id=kcJ8AAAAAAAJ&q=inauthor:%22Gaspar+de+Arredondo+y+Pichardo%22&dq=inauthor:%22Gaspar+de+Arredondo+y+Pichardo%22&hl=es&sa=X&redir_esc=y

próximos al trujillismo, aunque con ciertos matices, como Guido Despradel, quien escribe que el ejército haitiano se precipitó sobre la parte oriental de la isla “ávido de matanza y de destrucción”, como al intelectual nacionalista Américo Lugo, uno de los principales líderes del movimiento contrario a la ocupación norteamericana de Santo Domingo (1916-1924), quien afirma que la invasión haitiana de 1805 “dejó tras de sí una negra estela de horror”, desolación y sangre, añadiendo que “la ruina fue completa, la sangre de todos los habitantes del norte y del sur de la antigua parte española —hombres y mujeres, niños y ancianos—, corrió a torrentes por las calles de las ciudades, por los caminos públicos, en los templos, en los hogares” (Marte, 2017, pp. 208-209)³.

A juicio de Marte, “al haber sido escritos desde la perspectiva de quienes vivieron los hechos”, ambos trabajos “formaron parte de la historia del tiempo presente”, toda vez que constituyen los únicos testimonios directos conservados sobre este asunto. Sin embargo, de acuerdo con dicho autor, “a ningún historiador dominicano se le ha ocurrido preguntarse si las narraciones de Arredondo y Pichardo y de Ayala estaban suficientemente fundadas”, al menos hasta fechas relativamente recientes. Así pues, Marte constata que Diógenes Céspedes despacha de forma sumaria la obra de Arredondo como “denigrante”, mientras que, en opinión de otro reconocido intelectual y activista cultural, Clodomiro Moquete, por el contrario, “este libro de Arredondo y Pichardo es de una importancia capital porque es el documento que narra con objetividad y entereza el genocidio del ejército de Dessalines en nuestro país en 1805”. En cualquier caso, Marte deja muy clara su posición al respecto cuando asegura que, al valorar el trabajo de Arredondo, tanto Céspedes como Moquete parten de sus propios criterios ideológicos y éticos, los cuales, siempre según Marte, no tienen nada que ver con el tema en cuestión, pues la valoración de un documento como el escrito de Arredondo, cuyo peso es “tan grande en las actuales relaciones entre dominicanos y haitianos”, no ha de dejarse al albur de una mera especulación de carácter ideológico (Marte, 2017, p. 205)⁴.

De hecho, resulta indudable que con gran frecuencia numerosos historiadores dominicanos “se han dejado seducir por el valor moral, emocional o literario del relato autobiográfico”. En tal sentido, existen casos como por ejemplo el de Alcides García Lluberés, quien es un destacado representante de la denominada “escuela crítica”, que acepta sin la menor reserva “como episódico” el testimonio de Arredondo, en función del cual se han construido con total convicción “muchos relatos históricos hasta nuestros días”, sobre unos sucesos que se supone acontecieron en la región central y septentrional del territorio dominicano en 1805. Por el contrario, cabe calificar como raros en el marco de la cultura historiográfica dominicana los casos de M. Coiscou Henríquez y C. de Utrera, y también, en algunas ocasiones, el de R. Lugo Lovatón (1953, pp. 329-353), quienes, basándose en una sana crítica, tienden a situarse “con singular rigor en el plano de calificador de los elementos indiciarios que acreditan el recuerdo como prueba”, si bien, en general, esto solo “ha sido así cuando las informaciones eran básicamente descriptivas (designativas)” (Marte, 2017, pp. 262-263).

Así, por ejemplo, C. de Utrera pone en duda la veracidad de tal masacre, al referirse a ella como “simplemente un acto criminal efectuado contra varias personas, y no una miseria o desgracia general de la población de Moca” (Marte, 2017, pp. 209-210)⁵, y el mismo Marte cuestiona la autenticidad de unos hechos que, sin la menor duda, han sido magnificados en el imaginario popular tras su ‘autenticación’, al asumirse como verdaderas y compartidas una serie de leyendas de la época en que se sitúa la narración.

II. CONSOLIDACIÓN DE LA ANIMADVERSIÓN

En 1820 el presidente haitiano, Jean Pierre Boyer, envió agentes a la parte oriental de la isla para incitar a los habitantes de las zonas próximas a la frontera a que se declarasen independientes de España, y posteriormente se unieran a Haití. Sin embargo, es muy probable que las tendencias favorables a Haití dentro de Santo Domingo existieran ya desde antes de 1820, como

3. Véase también las notas nº 208 y 211. Marte cita a Despradel Batista, G. (2010). *Historia de la Concepción de La Vega* [1938]. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 31; y a Lugo, A. (1916). *El Estado dominicano ante el derecho público*. Santo Domingo, 29.

4. Marte cita a Céspedes, D. (19 de febrero de 2011). La República: nuevos temas oligárquicos. *Hoy*; y a Pérez, F. (6 de diciembre de 2008). Faustino Pérez entrevista a Clodomiro Moquete. *Escritores Dominicanos*. Recuperado de <https://escritoresdominicanos.blogspot.com/2008/12/faustino-prez-entrevista-clodomiro.html>. En esta misma entrevista, Moquete cita un breve trabajo publicado por él en la revista *Vetas*, de la cual era editor y director: Moquete, C. (diciembre de 2006). El degüello y secuestro de niños dominicanos en 1805. *Vetas*, 98-101.

5. Marte cita a Utrera, C. de (1923). Degüello de Moca. *Panfilia*, 10, pero no indica la página.

señala Bernardo Correa y Cidrón en su “Apología” del arzobispo de Santo Domingo, Pedro Valera. En ella, dicho autor se refiere a los rumores que habían circulado a finales de 1820 sobre una supuesta invasión haitiana, desmentidos por el propio presidente de Haití en términos rotundos cuando aseguró que era “falsa y sin fundamento la noticia de haber proyectado hostilidades” contra la parte española. Boyer añadió acto seguido que, si hubiese oído “las invitaciones de algunas personas, ya habría [*sic*] mucho tiempo lo hubiese ejecutado; pero que él había despreciado tales consejos”. Correa y Cidrón indica también que, antes de llegar la respuesta de aquel, “los fraguadores de la falsa noticia de la irrupción del ejército de Haití” en Santo Domingo, “que con demasiada probabilidad” eran los mismos que Boyer decía que lo habían invitado a invadir el territorio vecino, “urdieron una trama de la misma ralea” (Correa y Cidrón, 2010, p. 102).

Es cierto que “el ambiente estaba enrarecido desde hacía tiempo por el recrudecimiento de las tensiones sociales y raciales”, que se vieron agravadas tras la proclamación de la Constitución española de 1812, lo que trajo consigo intentos de sublevación de esclavos y libertos como el de agosto de ese año, descubierto a tiempo por las autoridades dominicanas, afortunadamente para la metrópoli. Pinto Tortosa (2017) subraya que “el componente racial de la revuelta” y “la proximidad de la amenaza haitiana [...] motivaron la dura represión de los cabecillas”, quienes fueron condenados a muerte. Mediante este castigo, el gobernador de Santo Domingo “intentó disuadir al resto de esclavos dominicanos de imitar a aquellos conspiradores”, si bien con ello contribuyó a “multiplicar las protestas en los años sucesivos” (pp. 269-270). El nacimiento del Estado Independiente de Haití Español, el 1 de diciembre de 1821, de forma incruenta, dio paso a un periodo conocido en la historiografía dominicana con el nombre de la Independencia Efímera, pues duró poco más de dos meses. En efecto, tras recibir una carta de Boyer, el líder del movimiento independentista, José Núñez de Cáceres, se vio obligado a aceptar la integración de la parte oriental de la isla dentro de Haití, poniendo fin así al estado que él mismo presidía. Al poco tiempo, Boyer cruzó la frontera al frente de su ejército para ocupar el antiguo territorio español, con la justificación de que numerosos movimientos surgidos en el norte y el suroeste dominicanos le habían pedido la unificación de Santo Domingo con Haití.

Las causas del fracaso de esta primera independencia dominicana han sido debatidas por la historiografía tradicional de acuerdo con dos posturas enfrentadas. La tesis defendida por José Gabriel García consiste en culpar de ese fracaso a factores externos a la propia realidad sociopolítica que se vivía en el país. Así, señala que a Núñez le faltó “la base principal en que descansar debía su obra gigantesca, que era el apoyo moral y material de Colombia”, por lo que “no le fue posible impedir que se trastornaran todos sus planes, más que por falta de elementos, por falta de hombres capaces de secundar sus altas miras” (Correa y Cidrón, 2010, p. 162)⁶. No obstante, lo cierto es que contó con el apoyo de gran parte de la élite colonial, a la cual pertenecía Núñez, y de un grupo de intelectuales, entre quienes destaca López de Medrano (Cassá, 2005, p. 38).

La segunda postura historiográfica, también tradicional, aunque algo más apegada a los hechos, considera que las causas del fracaso de la denominada Independencia Efímera no deben buscarse fuera, sino dentro del propio proceso histórico dominicano. Así, por ejemplo, René de Léperanche (1934), con una clara actitud crítica hacia Núñez, plantea que, si su movimiento hubiera encontrado apoyo en el pueblo dominicano, este no habría recibido “con calma franciscana” a Boyer cuando sus tropas ocuparon Santo Domingo (p. 193).

Hasta este punto parece que ambas posturas coinciden en cierto modo, ya que ponen el acento en la falta de apoyo al proyecto encabezado por Núñez, pero difieren radicalmente al examinar las causas del fracaso de este. Mientras que García mira hacia afuera, Léperanche saca a relucir las divisiones internas existentes dentro de la sociedad dominicana, lo cual parece a todas luces más lógico y relevante a la hora de explicar los hechos que acontecieron en tan pocos días, y que determinaron la suerte del recién nacido Estado Independiente de la Parte Española de Haití.

Por su parte, Lugo señala con acierto que Núñez era “más legista que político, apóstol a medias, patriota sin entusiasmo ni carácter ni heroísmo”, por lo que “no se hubo con mucha madurez en la realización de su empresa, ni puso bien la mira en ella”. Es más, “en vez de unificar la opinión, pretermiñó al Cibao; en vez de allegar recursos, tomando los medios necesarios, toleró el trabajo de zapa haitiano y mantuvo la esclavitud”, aunque Lugo concede que “estos yerros se atenúan si se

6. La cita de José Gabriel García corresponde a su escrito “Bernardo Correa y Cidrón”, publicado dentro de: García, J. G. (1875). *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. Santo Domingo: Imprenta de García Hermanos.

considera que no tuvo a su disposición el tiempo, ante la antipatriótica actitud de los haitianizados”. La primera ciudad que desconoció la constitución dominicana, después de proclamarse la independencia, fue Santiago, donde se constituyó una Junta que envió a Boyer una carta que calificaba dicha constitución como “obra informe y antisocial”. Por ello, recurrieron al presidente del país vecino para pedirle su ayuda, haciendo que la constitución de Haití los rigiese en adelante. La capital, único punto controlado por Núñez, hizo lo propio el 19 de enero, cuando aquel se dirigió por carta a Boyer para asegurarle que “había reunido la municipalidad y a los jefes militares, y que todos unánimes habían convenido en colocarse bajo las leyes” de Haití. Tal como subraya Lépervanche (1934), “después de esta nota toda idea de ayuda” desde la Gran Colombia quedaba ya “sin efecto” (pp. 195-199).

En esta decisión de no prestar resistencia alguna a los haitianos pesó también el hecho de que la mayor parte de las tropas con que contaban las autoridades del nuevo estado en el momento de proclamar la independencia eran de color. Para conseguir atraérselas les habían prometido la abolición de la esclavitud y conceder a todos los hombres sin distinción de raza la condición de ciudadano, pero al incumplir lo pactado con ellos, los soldados dejaron de prestarles obediencia. Así pues, Mejía Ricart (2007) señala que, “sin auxilio de ningún género, exhausto el tesoro, sin ejército, porque no podía contar con la cooperación del batallón de morenos libres”, dado que su jefe, el coronel Alí, “había asumido una actitud esencialmente pasiva, era apremiante y comprometida la situación” de Núñez, quien decidió sacrificar su obra tras reunir al Cabildo, que le atribuyó “gran parte de la culpa” en el curso de los acontecimientos (pp. 177-178).

Resulta, pues, de todo punto inevitable buscar las causas más profundas de ese desapego, podría decirse que casi generalizado, por parte de la sociedad dominicana, o al menos de sus elementos más conscientes, y la respuesta que encontramos es, en cualquier caso, el desacierto de Núñez de Cáceres y su grupo. Al oponerse a los planes de los partidarios de Haití, es evidente que debieron afrontar el problema de la esclavitud, y decretar de inmediato su abolición, con objeto de intentar ganarse el apoyo de los sectores populares, tal como hicieron los haitianos en 1822, muy poco después de comenzar la ocupación, pero en lugar de eso

mantuvieron vigente dicha ‘institución’, pese a las circunstancias. Por ello, es cuando menos sorprendente que aún hoy no se haga el énfasis necesario en una cuestión tan trascendental, por ejemplo, en algunas obras de más o menos reciente aparición, como la *Historia de la República Dominicana* (2010), coordinada por Moya Pons, en la cual Marte se refiere a tales hechos sin hacer mención siquiera de este factor.

En efecto, dicho autor afirma que “el escaso apoyo que tuvo Núñez de Cáceres en sus aspiraciones independentistas al amparo de la República de Colombia impuso otra realidad” y le hizo desistir de su proyecto, ya que “careció de fuerzas para oponerse al ejército haitiano”. La causa que alega para explicar ese desistimiento es que “sobre todo la masa popular no le brindó sustento político y moral en sus aspiraciones independentistas [...], ya fuera por desconocimiento o por indiferencia o porque se sintió acobardada con el recuerdo de los atropellos de las anteriores invasiones” desde el oeste, en clara alusión a episodios de tan dudosa veracidad como el degüello de Moca. Marte se basa en Rodríguez Demorizi, un autor que, debido a su proximidad ideológica con el trujillismo, lógicamente apenas se hace eco del efecto negativo que tuvo para los planes de Núñez la no abolición de la esclavitud. Más aún, cuando Marte se pregunta sobre por qué “la población del país no le prestó su favor”, admite que es un asunto que se ha cuestionado “desde hace mucho tiempo la historiografía dominicana”. En ese sentido, recoge la opinión de otro destacado historiador de sólida raigambre en la época de Trujillo, Troncoso de la Concha, quien señala que “la inmensa mayoría de los dominicanos quería que Santo Domingo permaneciese bajo el poder de España”, si bien acto seguido añade que “había en realidad dominicanos que deseaban deshacerse” de ella, pero el autor asegura que “eran una minoría escasa”. Podría explicarse esta postura tan contemporizadora con las ideas de dichos historiadores si la misma se debiera a una falta de conocimiento de los hechos. Sin embargo, no parece que nos encontremos ante ese caso, dado que en su conclusión Marte cita al propio Lépervanche, para afirmar, de acuerdo con él, que a Núñez no le quedó más elección que renunciar a su proyecto de estado independiente “sin efusión de sangre, sin violencia, confusión ni desorden” (Marte, 2010, p. 99)⁷.

7. Marte cita a Rodríguez Demorizi, E. (1955). *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Ciudad Trujillo: Editora del Caribe, 85-92; a Troncoso de la Concha, M. de J. (1948). La ocupación de Santo Domingo por Haití. *Clio*, 16 (81), 25-32, véase la p. 31; y a Lépervanche, R. de. (1934). José Núñez de Cáceres. *Clio*, 6 (12), 191-201, véase la p. 197.

Por alguna razón, Marte no se ocupa en absoluto de aspectos que Lépervanche analiza detenidamente, tales como el enorme descontento que generó entre muchos dominicanos una constitución que no abolía la esclavitud, lo cual precisamente hizo posible que la ocupación del territorio de Santo Domingo por parte haitiana tuviese lugar sin resistencia alguna.

Cabe concluir con la aseveración de Rafael Jarvis (2010), quien sostiene la hipótesis de que existen “historiadores de oficio”, antiguos y actuales, empeñados en fomentar una visión que exagera las luchas que enfrentaron a haitianos y dominicanos en el pasado. El autor afirma que, por tal motivo, “las voces dedicadas a resaltar esos hechos silenciaron las masivas solicitudes formuladas por dominicanos al presidente Boyer [...] para que unificara en un solo gobierno toda la isla”, acciones que “demostraban el acercamiento y [la] amistad de los dos pueblos”. En definitiva, si la versión que desean “hacer ver los interesados en mantener ese discurso mitológico” fuese cierta, resultaría muy dudoso, de acuerdo con Jarvis, que “voluntariamente se hubiese producido el masivo llamado de la población dominicana al dirigente haitiano” (pp. 25-26).

III. LA ‘DRAMÁTICA VIDA DOMINICANA’

“Diez mil de ellos osaron la ribera
pisar del bello Ocoa, y sus raudales

con la sangre enemiga que corriera
de púrpura cubrió los cascajales.

Ochocientos no más erais vosotros;
mas fuertes y valientes cual ninguno:

para diez combatientes de los otros
era de sobra de los nuestros uno”.

Natividad Garay

Canto a los dominicanos después de la batalla de Las Carreras (victoria ganada contra los haitianos en 1849),
La Habana, junio de 1850.

Tal como señala Marte, no se ha de olvidar que cuando García comenzó a estudiar la historia dominicana, “el país vivía todavía ante la posibilidad de una nueva

guerra con los haitianos y ante el peligro de la anexión a una potencia extranjera, peligro este último que se consumó pocos años después con la incorporación de Santo Domingo al imperio colonial español”. De hecho, Marte también subraya que “la primera historiografía dominicana halló en estas amenazas el expediente para reafirmarse en su cruzada nacional”. Así pues, la praxis historiográfica decimonónica “simplemente había incorporado a la propia disciplina lo que podría llamarse la ‘ideología nacional’”, que sirve a García como “recurso de legitimación para clasificar y valorar las ocurrencias del pasado”, llegando a afirmar que trabaja con la conciencia de que defiende “una causa que es santa”. A juicio de Marte, “el sentimiento patriótico fue el alimento principal de la labor historiográfica de García”. Existen otras épocas que aparecen asimismo “empañadas por la desgracia, como la de Núñez de Cáceres y la primera independencia, que se trocó ‘por fatalidad [...] en noche de esclavitud y de ignominia’”. De nuevo, cabe ver aquí cómo García tampoco profundiza realmente en la búsqueda de las causas reales de los hechos, más allá de una especie de chivo expiatorio, que a veces puede ser algo tan vago como la mera “fatalidad”. En cambio, Mariano A. Cestero, “amigo cercano de García y culto patriota”, afirma sobre el fracaso de la Independencia Efímera que “no fue el país”, sino “el elemento conservador la causa averiguada, el fautor del daño” (Marte, 2017, pp. 139-143)⁸.

Marte considera que, en la obra historiográfica de García, y “vistas en perspectiva, las acciones históricas de los dominicanos caracterizadas por el éxito son raras, salvo las libradas contra el ‘vecino malo’, los invasores haitianos”. En efecto, según García, la “fase heroica de la independencia” de 1844, con la realización indiscutible que supuso “la fundación de la república soberana, sufrió ‘con el martirio de Duarte [...] un idéntico fracaso en desmedro del espíritu cívico de las generaciones dominicanas’”. Federico Henríquez y Carvajal denomina esta actitud trágica respecto al pasado del país la “dramática vida dominicana”, pero la misma no fue un invento de García, sino que, en opinión de Marte, “ya había sido asumida en la cultura histórica de la élite política del siglo XIX”. Roberto Cassá lo explica de este modo: “Se había instaurado un fuerte sentido de frustración existencial, expresado en la imagen de tragedia sempiterna, mientras se desenvolvían los

8. Marte cita a Cestero, M. A. (2009). *Escritos 2. Artículos y ensayos* [edición de Blanco Díaz, A.]. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 141. En cambio, tal como sucede en el caso de Del Monte, Marte no cita las referencias que toma de García, las cuales indicaremos con comillas simples dentro de las citas del propio Marte, para diferenciarlas, señalando además de qué autor se trata en cada momento.

procesos de gestación del colectivo nacional, por ello, entre otros factores, radicalmente trunco” (Marte, 2017, pp. 140 y 143)⁹.

Es decir, cabría hablar de una suerte de ‘profecía autocumplida’, donde se buscaba siempre un culpable sobre el cual cargar la responsabilidad de esa tragedia histórica, un rol que, junto a diversos personajes más o menos nefastos, como los sucesivos dictadores, fue adjudicado casi invariablemente a Haití como pueblo, en general, además de a algunos de sus principales dirigentes, tales como Louverture, Dessalines, Boyer o Soulouque, en particular.

En este sentido, resulta llamativo el juicio polivalente sobre una de las figuras más polémicas de la historia dominicana, el general Santana, primer presidente de la República en 1844 y principal caudillo militar durante el largo periodo de enfrentamientos bélicos entre dominicanos y haitianos (1844-1856). De hecho, “debido a la pluralidad de contextos en los cuales se presentan sus actos”, aquel se ha convertido en “una fuente de desacuerdos entre los historiadores posteriores” a García. Dicho autor afirma que, vaciado Santana “en el molde en que la ambición fabrica los usurpadores y los tiranos, consigue a consecuencia de una vida pública agitada y emprendedora, llegar a ser dueño y árbitro absoluto de los destinos del pueblo dominicano”. Por su parte, aludiendo a lo que él denomina “la explicación analítica de García”, Vetilio Alfau Durán considera que para el llamado ‘historiador nacional’ las figuras “culminantes” de la historia dominicana son Juan Sánchez Ramírez, quien encabezó la guerra de la Reconquista contra los franceses entre 1809 y 1810, Núñez de Cáceres, Duarte, quien fue el ideólogo de la independencia frente a Haití, y Santana. Entre otros autores, Lugo se refiere a Santana como “un valiente hatero que nos redimió del yugo haitiano”, mientras que Rodríguez Demorizi expresa así su visión sobre el personaje: “Conozcamos a Santana, no para amarle, como a Duarte, sino para comprenderle y admirarle” (Marte, 2017, p. 151)¹⁰.

En definitiva, en palabras de Marte (2017), “el elemento conservador aceptó la nación histórica como la única posible, es decir, el desacuerdo entre la nación esencial y la nación histórica apenas tuvo la importancia que le atribuyeron los patriotas liberales” (p. 156, véase la nota

nº 160). En cualquier caso, resulta evidente que, en la reivindicación de los supuestos méritos de Santana por parte de la historiografía más conservadora, ocupa un papel especialmente relevante su decisiva participación en las diferentes campañas bélicas contra Haití, dejando en segundo plano sus no menos activas gestiones para obtener la anexión de Santo Domingo a una potencia extranjera, que a su vez también son justificadas por dicha historiografía con el argumento de la permanente amenaza haitiana.

Ciertamente, “la rivalidad con la nación haitiana” fue “uno de los fundamentos del nacionalismo dominicano”, o al menos se puede afirmar que “la discursiva en torno a Haití fue un elemento nodal del pensamiento conservador” dominicano a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. En general, “las percepciones sobre Haití tendieron a girar en torno a las depredaciones” cometidas por su Ejército, así como sobre “la usurpación” de una parte considerable del territorio dominicano, y las frecuentes guerras derivadas de la negativa del Estado haitiano a reconocer la independencia del otro Estado. En efecto, “la presencia de un enemigo al otro lado de la frontera sirvió como justificación para las opciones autoritarias de poder”, toda vez que “la pérdida de la soberanía era el precio que se debía pagar, según esta concepción, a cambio de mantener aquellos rasgos culturales que se consideraban fundamentales para la pervivencia del colectivo dominicano”. Para la mentalidad de los grupos más conservadores, “entre estos rasgos se encontraban, sobre todo, los que correspondían al legado hispánico: costumbres, lengua y religión”, aparte de los aspectos de carácter étnico, en que “la herencia racial originaria de España, la blanca”, se contraponía a la africanidad de Haití. Es cierto que esa “contraposición nacional con Haití se reactivaba” de forma recurrente, “en función de las perspectivas de plasmación del objetivo anexionista”. Este era un recurso que permitía mantener la hegemonía sobre unas masas conformes con la separación de sus vecinos, y al mismo tiempo servía “como medio de perpetuación del poder social en condiciones de dominio extranjero directo”. De hecho, “frente a la relativa ausencia explícita del discurso antihaitiano en los años inmediatamente previos” a la anexión, dicha funcionalidad se observa “en la reactualización de la amenaza haitiana por parte de los publicistas adictos” a

9. Véase también la nota nº 148. Marte cita a Cassá, R. (1993). Teoría de la nación y proyecto político en América Lugo. En Lugo, A. *Obras escogidas*. Tomo 1. Santo Domingo: Fundación Corripio, 16.

10. Véase la nota nº 155. Marte cita a Alfau Durán, V. (1960). Apuntaciones en torno al 27 de febrero de 1844. *Clío*, 116; y a Lugo, A. (1 de mayo de 1926). Atentado inútil. *Patria*, 39, pero no indica las páginas de estas referencias. Marte cita también a Rodríguez Demorizi, E. (1951). Nuevas noticias acerca de Santana. *Clío*, 90, 7.

Santana, tanto con anterioridad como en el propio momento de la anexión de Santo Domingo a España (1861-1865), con el fin de justificarla ante el pueblo dominicano (González *et al.*, 1999, pp. 23-26).

Uno de los mayores apologistas de la actuación política de Santana es, sin duda, el destacado intelectual Manuel de J. Galván, quien se enfrentó en 1889 con García a raíz de la publicación de una serie de artículos no firmados por Galván, pero de su autoría, en el periódico *El Eco de la Opinión*, sobre el tema de la independencia dominicana y sus prohombres, en los cuales se valora de forma muy positiva el papel de Santana. La postura del *Eco de la Opinión* sobre este particular motivó que otro periódico, *El Teléfono*, refutase tales escritos con otros de García, igualmente sin firma, lo cual originó “una sonada polémica histórica”. En sus artículos, este último sostiene que “la preponderancia política que alcanzó Santana” en el país no se la habían dado las victorias dominicanas contra Haití, “sino la imposición al Congreso Constituyente de San Cristóbal del artículo 210 de la Constitución de 1844”, el cual establecía una suerte de dictadura legal, así como “la expulsión arbitraria y cruel [...] de los duartistas y su líder; y la funesta anexión de la República a España”. Estas son, según García, “las dignas ejecutorias y merecidas preesas con que Santana aparece ante la opinión pública” (Roca, 2007, pp. 133-135).

Lo cierto es que los sectores que ocupaban el estrato más alto de la sociedad dominicana compartían una serie de principios, independientemente de su adscripción partidista a Santana o al principal caudillo rival, Buenaventura Báez, y uno de ellos era sin duda su postura frente a Haití. Así, por ejemplo, se comprende que el baecista general Sánchez declarase al cónsul de Francia en Puerto Príncipe, en febrero de 1861, en vísperas de la anexión de Santo Domingo a España, que él y su grupo político no deseaban el protectorado español, pero que preferían todo antes que la dominación haitiana. Respecto a tales declaraciones, Rodríguez Demorizi afirma lo siguiente: “Estas palabras de Sánchez –que no dejan de honrarle– son bien significativas. Valen por una autorizada y concluyente justificación de la anexión. Por el peligro haitiano, por *preferirlo* todo a la dominación haitiana, fue consumada la anexión” (Rodríguez Demorizi, 1955, p. 148, véase la nota nº 32. La cursiva es del autor).

No resulta extraña esta entusiasta defensa de la anexión por parte de un autor como Rodríguez Demorizi,

quien en otro lugar la explica señalando que la misma respondió a que, “por encima de la República, de cuya institución” Santana solo tenía un conocimiento imperfecto, estaba para él “la erradicación del peligro haitiano, del retorno [...] del hispanodominicano bajo el oscuro señorío del franco-cafre”. Jimenes-Grullón, por su parte, ataca estas ideas, toda vez que en su opinión se trataba “de conservar la supuesta hispanidad” del pueblo dominicano, “gracias a su unión –que evidentemente implicaba un dominio– con la vieja metrópoli”, y a continuación se pregunta si existía tal hispanidad, a lo que responde tajantemente que no. Es más, califica la tesis de la hispanidad como un mito que, por ende, “no podía servir de base para la traición anexionista”. El mencionado autor se asombra por el hecho de que “un intelectual de relieve” como Peña Batlle, de quien subraya que era un destacado investigador histórico e ideólogo del trujillismo, asegure que “es tan grande el Santana de la campaña libertadora como el Santana que hizo la anexión”. A juicio de Peña Batlle, “todo el reaccionarismo de este hombre singular se diluyó en el crisol fortísimo de su impulsivo interés por mantener vivos los elementos característicos de la nacionalidad”. Acto seguido, Jimenes-Grullón, quizá ya con algo menos de asombro, recuerda que “entre los fundamentos ideológicos del trujillato se hallaban el racismo y el paternalismo dictatorial”, y concluye con la afirmación de que se trataba de “ideas caras” a Peña Batlle (Jimenes-Grullón, 1976, p. 103)¹¹.

IV. CONSECUENCIAS POLÍTICAS DEL DISCURSO HISTORIOGRÁFICO

Tras el prolongado periodo bélico dominico-haitiano (1844-1856), una gran área situada junto a la frontera entre ambos países permaneció en estado de abandono. Paulatinamente, fue instalándose en ella un considerable conglomerado humano, compuesto al comienzo por campesinos dominicanos, quienes con el transcurso del tiempo se mezclaron con inmigrantes haitianos, lo cual dio origen a una población binacional. Debido a la secular atomización del poder, durante muchos años “este particular entorno étnico y bicultural permaneció al margen de los mecanismos regulatorios estatales”. Entre 1874 y 1929 los gobiernos de la República Dominicana y Haití negociaron un tratado con objeto de delimitar la línea fronteriza, pero las continuas desavenencias diplomáticas impidieron su cristalización, y mientras se discutían dichas cuestiones había

11. Jimenes-Grullón cita a Rodríguez Demorizi, E. (1969). *Santana y los poetas de su tiempo*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 270; y a Franco Pichardo, F. J. (1971). *Trujillismo: génesis y rehabilitación*. Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 45 y ss.

seguido aumentando el número de habitantes en las zonas limítrofes (Herrera, 2017, pp. 230-231).

La existencia de una gran cantidad de campesinos haitianos y dominico-haitianos, por entonces conocidos como “rayanos”¹², asentados en territorio dominicano venía causando una honda preocupación entre numerosos intelectuales y habitantes de las áreas fronterizas. Por un lado, en 1884, el intelectual progresista Pedro Francisco Bonó resalta el contraste entre la región septentrional de la República Dominicana, el Cibao, en cuya población no había tenido éxito “la mala predicación de falsas doctrinas”, y los pueblos fronterizos del sur del país, que se encontraban expuestos a la desnacionalización, pues tenían “el contratiempo de la atracción haitiana”, cuya industria, propiedad y cambios, “fuertemente incrustados en los suyos”, los atraían “con halagos positivos e incesantes”, alejándolos “paulatinamente de su centro natural”, que descuidaba enlazarlos y atraerlos. Según Bonó, esta situación anómala e indefinida los exponía “a una invasión perenne y progresiva de población extranjera” que hacía “desfallecer cada día más el elemento dominicano, el cual, desarmado y exhausto”, desaparecería por completo de esa región, y quedaría “refundido en el haitiano” tan pronto como Haití pudiese “salir de la anarquía” que lo devoraba (Herrera, 2017, pp. 231-232).

Por su parte, Américo Lugo utiliza en 1907 criterios esencialmente racistas para describir a esta población fronteriza y subraya lo que él califica como “africanización de la frontera”, un espacio donde no se conocían “los principios, deberes y derechos” y las instituciones del Estado ejercían una restringida influencia, pues en la mayoría de aquellas gentes “no tienen eficaz imperio ni la ley ni las autoridades”. Por su estado de “ignorancia y salvajismo”, esta población, dominada además por “horribles creencias supersticiosas”, se hallaba inhabilitada para comprender lo que era la ley, y peor aún: resultaba imposible establecer si eran efectivamente dominicanos, “por hallarse completamente haitianizados y ni siquiera haitianizados sino africanizados”. Algunos años más tarde, en 1927, el por entonces joven

intelectual Joaquín Balaguer, originario de Santiago, la segunda ciudad de la República y capital del Cibao, que era y continúa siendo una de las regiones más desarrolladas del país, y cuyas relaciones comerciales con Haití han sido históricamente muy intensas, también maneja la tesis del peligro que representaba lo que el autor denomina “el imperialismo haitiano”, y en particular el elemento ‘africano’: “El sueño de la isla una e indivisible es una pesadilla que ha echado ya hondísimas raíces en el África tenebrosa de la conciencia nacional haitiana” (Herrera, 2017, p. 232).

Tras el primer intento serio de alcanzar un acuerdo de límites entre los dos países, que tuvo lugar en 1874 y quedó en suspenso por una serie de vicisitudes técnicas, políticas y diplomáticas, hubo que esperar hasta 1929 para ver el principio del fin de este complejo litigio, cuando se firmó un verdadero tratado fronterizo que fijaba la línea divisoria de forma precisa y detallada. Pese a ello, una vez llegado el momento de la ejecución de dicho acuerdo, volvieron a surgir diversos inconvenientes, por lo que tampoco llegó a entrar en vigor según lo previsto (Muñoz, 1995, pp. 147-154). En 1933 Trujillo retomó el problema de la determinación de los límites establecidos por el tratado de 1929 con Haití, para lo cual adoptó varias medidas, como la creación de algunas colonias agrícolas con campesinos blancos y la construcción de diferentes obras de infraestructura, como carreteras, escuelas, canales de riego, iglesias y puentes. Tal programa, que cabe ver como el inicio de lo que más adelante dio en llamarse ‘dominicanización fronteriza’, coincidía con las ideas de los intelectuales nacionalistas, incluido el propio Lugo, la mayoría de los cuales, exceptuando a este autor, formaban parte integrante del nuevo régimen trujillista, inaugurado en 1930. De hecho, un artículo de la Declaración de Principios del Partido Nacionalista (1924) mantenía un criterio racista, ya que propugnaba el asentamiento de agricultores blancos en la frontera, así como la exclusión de “los extranjeros de miseria y desesperación [con lo que parece obvio subrayar que se referían, sobre todo, a los haitianos] para prevenir la implantación de

12. Según Ramón A. Victoriano Martínez (2010, p. 29), “lo rayano desafía la visión de la nación como ‘natural’”, y para su estudio analiza una serie de textos que “apuntan a espacios en los cuales no hay una homogeneidad de la nación tal y como la proponen Price-Mars o Bellegarde (Haití) y Peña Batlle, Balaguer y Núñez (República Dominicana)”, siendo este último un digno epígono contemporáneo de Peña Batlle y Balaguer, por su furibundo nacionalismo de cariz ultraconservador.

13. Herrera cita a Rodríguez Demorizi, E. (Ed.) (1964). *Papeles de Pedro F. Bonó: para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 280.

14. Con relación a Lugo, Herrera cita a [Almoína, J.]. (1958). *La frontera de la República Dominicana con Haití*. Ciudad Trujillo: Editora del Caribe, 78-80; y, por otra parte, también cita a Balaguer, J. (1 de diciembre de 1927). El imperialismo haitiano. *La Información*. Este artículo fue publicado posteriormente dentro de: Balaguer, J. (2009). *Escritos juveniles en verso y en prosa* (pp. 662-663). Santo Domingo: Fundación Joaquín Balaguer.

15. Herrera cita a Lugo, A. (1993). *Obras escogidas*. Tomo 3. Santo Domingo: Fundación Corripio, 222.

males sociales” que no existían en la República Dominicana (Herrera, 2017, p. 237)¹⁵.

Así pues, durante los dos primeros periodos presidenciales de Trujillo se produjo una reactivación de las negociaciones con el gobierno haitiano, llegándose a un acuerdo en 1935, que rectificó la línea fronteriza establecida por el tratado de 1929 en algunas zonas, y dispuso la concertación de un protocolo adicional (Machado Báez, 1955, pp. 201-204). Finalmente, se puso término al largo diferendo bilateral en torno a las fronteras mediante la firma en 1936 de ese protocolo, llamado de La Miel, por el cual la República Dominicana renunciaba a sus derechos sobre la comarca limítrofe de dicho nombre, cuya extensión es de 270 km², lo que parecía presagiar una etapa de paz y buena vecindad entre ambos países (Escolano Giménez, 2019, pp. 127-128).

Sin embargo, una de las principales preocupaciones del régimen de Trujillo fue la puesta en marcha de su propia política migratoria, que “adquirió un nuevo matiz racial” desde los primeros años. En efecto, el 1 de abril de 1932 el gobierno dominicano promulgó una ley de inmigración que imponía el pago de un impuesto de 500 pesos a las personas negras y asiáticas que quisieran instalarse en el país. Además, tal como ya se ha indicado, “solo los inmigrantes blancos podían recibir tierras para trabajar en las colonias agrícolas establecidas por el gobierno”, de modo que “la nueva ley respondía parcialmente a la ideología racista del Estado y especialmente a una actitud negativa hacia los haitianos” (Peguero, 2005, pp. 58-59).

No obstante, todas las medidas adoptadas por Trujillo para contener la penetración haitiana fracasaron, porque si bien se había logrado atajar el problema de la usurpación del territorio por parte del país vecino y se había resuelto la cuestión limítrofe por medio de los mencionados acuerdos, aún quedaba pendiente la problemática migratoria. De hecho, los ciudadanos haitianos seguían invadiendo descontroladamente numerosas tierras situadas al otro lado de la frontera, es decir, se instalaban sin permiso sobre suelo extranjero. Así, según los datos oficiales, que cabe pensar que eran bastante limitados en cuanto a su grado de precisión, en el conjunto de la República Dominicana el número de ciudadanos originarios del país vecino pasó de 28.258 en 1920 a 52.657, según el censo de 1935 (Robert, 1953, pp. 253-254). Este fenómeno se daba en mayor medida en la zona norte de la línea divisoria, la cual “estaba poblada de haitianos”, quienes imponían allí su

moneda, costumbres, idioma y religión, por lo que fue el principal escenario donde se llevó a cabo una matanza de grandes dimensiones en 1937. Este hecho coincidió con una visita de Trujillo a Dajabón, población septentrional situada junto a la frontera en que se desató la masacre de haitianos y dominico-haitianos o ‘rayanos’ “al arma blanca”, que comenzó en la noche del 2 de octubre, tras un acto político en honor del presidente. Desde allí se extendió a otros lugares del país, provocando un gran número de muertes, cuya cifra exacta nunca ha sido revelada, aunque la mayoría de los autores hablan de miles e incluso de decenas de miles de ciudadanos haitianos y dominico-haitianos asesinados. La masacre cometida por el régimen trujillista en 1937 “constituyó una respuesta rápida y directa” a la continua y creciente inmigración clandestina (Muñoz, 1995, pp. 157-161).

En efecto, hasta el día 4 de ese mes, en cerca de medio centenar de poblaciones, la mayor parte de ellas situadas en la región fronteriza, tanto militares como civiles armados, muchos de los cuales estaban a sueldo del trujillista Partido Dominicano, asesinaron a una cantidad que oscila de 12.000 a 20.000 personas, entre hombres, mujeres y niños. En los primeros meses tras la masacre el gobierno dominicano negó su involucramiento directo en el crimen, atribuyendo la exclusiva responsabilidad de este a “campesinos cansados de los robos de los haitianos” (Peguero, 2005, p. 62), pero en realidad consta que durante la matanza muchos de esos campesinos trataron de ayudar a las víctimas (Derby y Turits, 1993, pp. 65-76). Herrera (2017), por su parte, sitúa el comienzo de la masacre al sur del municipio de Dajabón, el 28 de septiembre, asegurando que se prolongó como mínimo hasta el 8 de octubre, cuando el plenipotenciario haitiano en Santo Domingo visitó a Trujillo, y calcula que hubo entre 4.000 y 6.000 asesinatos, basándose en cifras de Vega, quien utiliza para ello fuentes oficiales británicas y estadounidenses. El 15 de octubre el representante de Haití firmó un comunicado conjunto con Balaguer, encargado interino de la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde aceptaba que se calificara la matanza como un mero “incidente”. En el mismo, el gobierno dominicano rechazaba “enérgicamente” los hechos, comprometiéndose a realizar una “investigación minuciosa” para fijar responsabilidades y aplicar sanciones, y a este documento, crucial en las negociaciones posteriores, apeló para eludir su responsabilidad (pp. 246, 258-261). Finalmente, el ejecutivo de Santo Domingo tuvo que pagar al de Puerto Príncipe una indemnización de

750.000 pesos, forzado por las denuncias que aparecieron en la prensa internacional, así como por las presiones diplomáticas (Peguero, 2005, p. 62). Después de esta drástica ‘limpieza’ étnica, el régimen trujillista emprendió a conciencia la llamada dominicanización de la frontera, con el objeto de levantar una barrera humana contra la inmigración haitiana. En palabras de Peña Battle (1954, p. 63), uno de los intelectuales de cabecera del trujillismo, era necesaria una valla social, étnica, económica y religiosa absolutamente infranqueable, por lo que se trazaron numerosos planes donde se planteaba que la región fronteriza sería transformada en una especie de ‘escaparate’ de la nación.

En cuanto a las posibles causas de la matanza, hasta el momento se desconocen con total seguridad los detonantes reales que desencadenaron el genocidio, o los motivos personales del dictador para emprender esta sangrienta ‘solución final’, sobre todo porque, previamente a la masacre, Trujillo había desarrollado relaciones de cordialidad y colaboración con Haití, además de que no existía ningún tipo de conflicto sobre la mesa. Se han esbozado diversas posibilidades para explicar estos hechos y, en tal sentido, Bernardo Vega postula “la certeza de que el blanqueamiento de la frontera fue uno de los móviles que tuvo el poder despótico para consumir la matanza”. Para ello se basa en una serie de documentos oficiales, entre los que se encuentra “una comunicación, del 8 de octubre, del secretario de la Presidencia, Hernán Cruz Ayala, a su homólogo de Interior y Policía, sobre la restricción de la importación de braceros haitianos para la ‘protección de la raza’”. Vega también menciona un informe del Departamento de Estado norteamericano, en el cual se incluye la respuesta que dio el destacado intelectual José Ortega Frier, quien era en ese momento secretario de Justicia y Relaciones Exteriores (1936-1938), al preguntársele acerca de la violencia contra los haitianos. Según aquel, “si no se hacía nada para frenar la infiltración de haitianos a través de la frontera, la porción dominicana de la isla se convertiría en negra en no más de tres generaciones”. De hecho, Ortega Frier también rechazaba la inmigración de los denominados ‘cocolos’, trabajadores negros procedentes de las islas anglófonas del Caribe, y es además uno de los intelectuales que respaldaron la matanza y defendieron a Trujillo frente a los diplomáticos de otros países (Herrera, 2017, pp. 239-240)¹⁶.

A partir de la década de 1930, el Estado dominicano recogió todos los contenidos del antihaitianismo

histórico y los convirtió en el material fundamental de la propaganda anti haitiana. Se elaboraron entonces nuevas doctrinas antihaitiana, y el Estado trujillista hizo del antihaitianismo un elemento consustancial a la misma interpretación oficial de la historia dominicana. Moya Pons resume de este modo la cuestión: el antihaitianismo de Estado es también un antihaitianismo político, pero a partir de la dictadura de Trujillo, y muy particularmente tras la matanza de haitianos de 1937, su propósito fundamental no fue tanto mostrar las diferencias políticas con Haití, sino enfatizar las diferencias raciales con ese país. En efecto, durante el régimen trujillista, el antihaitianismo de Estado asumió el racismo como elemento esencial de su propia definición (Moya Pons, 2009). Así pues, autores como Peña Battle, Balaguer y Rodríguez Demorizi desarrollan un discurso racista, mediante mensajes que tratan de acentuar las diferencias étnicas, religiosas y culturales del pueblo dominicano frente al haitiano. Mientras tanto, otros intelectuales del entorno del dictador, el único espacio público y de pensamiento posible en semejantes circunstancias de opresión política e ideológica, como Guido Despradel, Freddy Prestol y Ramón Marrero Aristy, presentan por su parte una visión algo más matizada y menos sesgada respecto al país vecino, aunque no sea objetiva.

Pese a todo, la mayoría de dichos historiadores son tenidos, aún hoy en día, en una alta consideración por parte de numerosos autores, incluso desde posiciones ideológicas muy diferentes de las de aquellos. Tal es el caso de Raymundo M. González de Peña (2007), un pensador nada sospechoso de ultranacionalismo y mucho menos de antihaitianismo, en cuya opinión Peña Battle puede ostentar el título de “historiador nacional”, en pie de igualdad con el propio García. De hecho, González eleva a Peña Battle a la categoría “de los historiadores más importantes de la República Dominicana” en el siglo XX, y no duda en juzgarlo como “el más representativo de la historiografía conservadora”, del cual asegura que su talento y fuerza expositiva “siguen ejerciendo una especie de atracción y repulsión que es difícil definir fuera de su influjo todavía visible” (pp. 159-160).

V. CONCLUSIONES

En contraste con lo anterior, la gran aportación de los autores liberales a la moderna construcción identitaria de la República Dominicana fue su aceptación de la

16. Herrera cita a Vega Boyrie, B. (1995). *Trujillo y Haití (1930-1937)*. Vol. I. 2ª ed. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 395-397.

africanidad como un componente positivo del pueblo dominicano. Eugenio María de Hostos, muy radical en su posicionamiento antiespañol, considera que la influencia del legado haitiano había sido beneficiosa, al cumplir un papel democratizador en la construcción nacional dominicana, igual que Bonó, quien aboga también por una identidad mixta, “presentando una visión democrática y heterogénea de la identidad nacional”. En efecto, esta visión de la identidad es formulada por Bonó en términos de “mulatismo”, una ideología que admite el diálogo intercultural y que actualmente cuenta con un creciente consenso intelectual y popular (Cañedo-Argüelles, 2006, pp. 13-14). No obstante, a juicio de San Miguel, la defensa del ‘mulatismo’ que hace Bonó “puede ser vista como un medio para disminuir la negritud dominicana”, ya que el mulatismo dominicano “contribuiría a la regeneración nacional a través del contacto con Europa”, es decir, del blanqueamiento. Así, en un escrito dirigido al general Luperón, quien era de color como Bonó, este califica a los blancos de “raza superior”, y contrapone lo que él denomina la “política ultranegra” de Haití al más abierto “cosmopolitismo racial” dominicano (León, 2014, pp. 101-105)¹⁷.

En cualquier caso, la narrativa nacionalista, si bien es cierto que no presenta siempre unos matices tan marcadamente antihaitianos, aún continúa muy viva, con autores como el ya mencionado Manuel Núñez (véase la nota nº 12), autor de *El ocaso de la nación dominicana* (1990), entre otros títulos, pero también con personas de muy diversa formación, que colaboran de forma regular en medios de prensa tanto digitales como tradicionales. Podemos encontrar en algunos artículos una constante referencia a autores decimonónicos o de la primera mitad del siglo XX, con base en los cuales se construye o reconstruye un discurso favorable, por ejemplo, a la debatida figura de Santana, resaltando su decisiva participación en las campañas bélicas contra Haití (Uribe Matos, 2021). Por supuesto, la presencia en los diversos medios de comunicación no es exclusiva de tales amateurs de la historia, sino que se encuentra asimismo en ellos, y cada vez con más frecuencia, la contribución de historiadores profesionales, quienes divulgan de esa forma el resultado de sus investigaciones, generalmente tras publicarlos como artículos en revistas especializadas o como estudios monográficos. Con ello, sin duda, juegan un papel muy importante en la tarea de contrarrestar, en no pocos

casos de forma efectiva, dichas tendencias nacionalistas, las cuales en su mayor parte están apoyadas en fuentes que, como ya se ha indicado en páginas anteriores, suelen datar de períodos previos a la consolidación de una historiografía mínimamente científica en la República Dominicana.

En ocasiones, los historiadores profesionales también hacen uso de los autores antiguos con la clara finalidad de desmitificar, desmontar y desautorizar unas narraciones basadas en numerosas ocasiones en la dudosa interpretación de hechos reales envueltos en la leyenda, y que han formado parte tradicionalmente del imaginario colectivo. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con un famoso crimen que tuvo lugar en 1822, consistente en la violación y el asesinato de tres hermanas, las llamadas ‘vírgenes de Galindo’, atribuido por la historiografía más nacionalista a soldados haitianos, contra toda evidencia (Lora, 2014, p. 180; Di Pietro, 2011; Pereyra, 2020). Un último grupo, quizá más escaso, está constituido por aquellos autores que, aun manteniendo una postura sanamente crítica hacia escritores antiguos y modernos, son al mismo tiempo capaces de rescatar y valorar en su justo término lo que tienen de acertado y valioso, así como de situar el nacionalismo de los primeros en el contexto histórico de un romanticismo dominicano, eso sí, muy tardío, puesto que se encontraba en plena ebullición todavía a finales del siglo XIX, con sus repercusiones en la literatura, la política y, por supuesto, la historiografía.

No obstante, en la República Dominicana el concepto de ‘nacionalismo’ ha venido siendo, hasta nuestros días, objeto de una doble categoría de análisis: mientras que algunos autores lo valoran como la necesaria defensa de la independencia y soberanía nacionales, bien sea contra Haití, bien contra España o Estados Unidos, otros en cambio lo consideran un mero subterfugio hábilmente instrumentado por la clase dominante para perpetuarse en el poder. El propósito de estas páginas, que no pretenden en absoluto ser exhaustivas, ha sido el de ofrecer unas pinceladas acerca de tal discusión, sobre todo a través de investigaciones relativamente actuales, que tratan de no descalificar sin más la postura nacionalista de los diversos historiadores estudiados, sino más bien de plasmarla y, por qué no, de comprenderla en su propia coyuntura. Nos hemos apoyado pues en una serie de trabajos, de forma preferente, en la búsqueda de una aproximación lo más objetiva posible a las distintas

17. León cita a San Miguel, P. (1997). *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en la Española*. San Juan/Santo Domingo: Isla Negra/La Trinitaria, 80; y a Bonó, P. F. (1980). *Papeles de Pedro F. Bonó: para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. [selección: Rodríguez Demorizi, E.]. 2ª ed. Barcelona: Gráficas M. Pareja, 92 y 610.

tendencias de la historiografía tradicional, así como al análisis que estas hacen de la siempre poliédrica y compleja percepción que se tiene en la República Dominicana respecto a Haití, sin perder de vista en

ningún momento la perspectiva contemporánea utilizada por cada uno de los diversos autores para abordar dicha cuestión.

BIBLIOGRAFÍA REFERENCIADA

- Cañedo-Argüelles, T. (2006). Sobre la identidad dominicana: ocultamientos, des-velos y conflictos. *XII Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España*.
<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00109369>
- Cassá, R. (2005). *Andrés López de Medrano*. Alfa y Omega.
- Cordero Michel, E. (1974). *La revolución haitiana y Santo Domingo*. Editora Taller.
- Correa y Cidrón, B. (2010). *Vindicaciones y apologías*. Archivo General de la Nación.
- Derby, R. L. H. y Turits, R. (1993). Historias de terror y los terrores de la Historia: la masacre haitiana de 1937 en la República Dominicana. *Estudios Sociales*, 92, 65-76.
- Di Pietro, G. (2 de marzo de 2011). César Nicolás Penson, los críticos marxistas y el caso de Haití. *Listín Diario*.
<https://listindiario.com/ventana/2011/03/03/179539/cesar-nicolas-penson-los-criticos-marxistas-y-el-caso-de-haiti>
- Escolano Giménez, L. A. (2019). Una difícil convivencia: evolución de la frontera dominico-haitiana (siglos XVIII-XX). En: Rubilar Luengo, M. y A. Sánchez Andrés. (Coords.), *Relaciones internacionales y construcción nacional: América Latina, 1810-1910* (pp. 107-130). Universidad Católica de la Santísima Concepción y Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- González, R. et al. (Eds.) (1999). *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (siglos XIX y XX)*. Ediciones Doce Calles.
- González de Peña, R. M. (2007). Peña Batlle, historiador nacional. *Clío*, 76 (174), 159-192.
- Herrera Rodríguez, R. D. (2017). La matanza de haitianos de 1937. *Clío*, 86 (194), 230-283.
- Jarvis Luis, R. [2010]. Orígenes del resentimiento dominico-haitiano. *Desarmar la Historia. Intervenciones en la XIX Cena Hora Puerta de América*. Ámbito María Corral de investigación y difusión (pp. 25-31). Susaeta.
- Jimenes-Grullón, J. I. (1976). *Sociología política dominicana 1844-1966*. Vol. I (1844-1898). 2.ª ed. Editora Taller.
- León Olivares, I. de (2014). Los dilemas de la identidad nacional en República Dominicana: una lectura a su siglo XIX. *Revista nuestraAmérica*, 2 (4), 81-109.
- Lépervanche, R. de (1934). José Núñez de Cáceres. *Clío*, 6 (12), 191-201.
- Lora Hugí, Q. (2014). La construcción de Haití en el imaginario dominicano del siglo XIX. *República Dominicana y Haití: el derecho a vivir* (pp. 171-204). Fundación Juan Bosch.
- Lugo Lovatón, R. (1953). Sentencias penales de la época de la dominación haitiana. *Boletín del Archivo General de la Nación*, 79, 329-353.
- Machado Báez, M. A. (1955). *La dominicanización fronteriza*. Impresora Dominicana.
- Marte, R. [2010]. Sociedad y economía en Santo Domingo, 1795-1844. En: Frank Moya Pons (Coord.). *Historia de la República Dominicana* (pp. 95-139). Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Academia Dominicana de la Historia/Ediciones Doce Calles.
- Marte, R. (2017). *El pasado como historia. La nación dominicana y su representación histórica*. Archivo General de la Nación.
- Mejía Ricart, G. (2007). *Crítica de nuestra historia moderna. Primer periodo del estado libre en la parte española de la isla de Santo Domingo*. Banreservas.
- Moya Pons, F. (5 de diciembre de 2009). Antihaitianismo histórico y antihaitianismo de Estado. *Diario Libre*. Sección Lecturas.
- Muñoz, M. E. (1995). *Las relaciones dominico-haitianas: geopolítica y migración*. Alfa & Omega.
- Peguero, V. (2005). *Colonización y política: los japoneses y otros inmigrantes en la República Dominicana*. Banreservas.

- Peña Batlle, M.A. (1954). *Política de Trujillo*. Impresora Dominicana.
- Pereyra, E. (16 de abril de 2020). “Las vírgenes de Galindo”, estremecedor relato de César Nicolás Penson. *Diario Libre*.
<https://www.diariolibre.com/revista/cultura/las-virgenes-de-galindo-estremecedor-relato-de-cesar-nicolas-penson-KO18168345#:~:text=La%20historia%20de%20%E2%80%9CLas%20v%C3%ADrgenes,por%20parte%20de%20los%20dominicanos>
- Pinto Tortosa, A. J. (2017). *Santo Domingo: una colonia en la encrucijada 1790-1820*. Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.
- Robert, J. A. (1953). *La evolución histórica de Barahona*. Editora del Caribe.
- Roca Friedheim, F. A. (2007). El legado de José Gabriel García y el aporte historiográfico de sus hijos. *Clío*, 76 (173), 119-174.
- Rodríguez Demorizi, E. (Ed.) (1955). *Antecedentes de la anexión a España*. Montalvo.
- Uribe Matos, N. (27 de mayo de 2021). La familia de Francisco del Rosario Sánchez exonera a Pedro Santana. *Al Momento*.
<https://almomento.net/la-familia-de-francisco-del-rosario-sanchez-exonera-a-pedro-santana/>
- Victoriano Martínez, R. A. (2010) “Rayano”: una nueva metáfora para explicar la dominicanidad. Tesis doctoral presentada en The University of British Columbia, Vancouver.
https://www.researchgate.net/publication/210845794_Rayano_Una_nueva_metafora_para_explicar_la_dominicanidad

Luis Alfonso Escolano Giménez es doctor en Historia por la Universidad de Alcalá y actualmente trabaja como profesor adjunto de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad Europea de Madrid. Su actividad investigadora se ha centrado principalmente en el ámbito de las relaciones internacionales entre diversos países de América y Europa, con particular atención al área del Caribe, e incluye también aspectos relativos a las migraciones, el estudio del impacto de la prensa en las sociedades decimonónicas, cuestiones identitarias y étnicas, así como sobre la esclavitud y el proceso de independencia, de forma muy especial en los contextos dominicano y español.